

Mas para juzgar bien del grado de fidelidad con que los autores han interpretado las ideas modernas acerca del contenido de la historia, conviene, antes de seguir adelante, determinar por completo el concepto. Y no cabe duda de que éste reposa sobre una base filosófica; á saber: la consideración de la vida social como un *organismo* en que todas las partes y manifestaciones tienen valor propio y esencial; y por tanto, la necesidad de estudiar á los pueblos como unidades corporativas, orgánicamente, en todos los aspectos de su actividad y en todas las funciones de su energía, de las cuales una sola (la política) no puede reclamar, en absoluto y para todos los casos, la supremacía real.

Por el contrario, es ya sabido que la vida externa política (y aun la interna), lejos de ser causa de toda la restante actividad de los pueblos, es un resultado de fuerzas interiores de muy diverso orden, y se ve influida aun por aquellas que más extrañas le son aparentemente; é indudable es, también, que, no obstante ser condición de existencia en las naciones la constitución política (que representa, pudiéramos decir, lo que la función constructiva del cuerpo en los organismos animales), no todas ellas se caracterizan por un desarrollo original y superior en este orden. Por el contrario, la característica reside muchas veces en la importancia dada al arte, ó á las instituciones económicas, al comercio, á una determinada industria, á un credo religioso, sin que la esfera militar ni la política hayan podido alcanzar un desenvolvimiento digno de ser apreciado en relación con los otros. Caso de regir el antiguo criterio de la histo-

ción desde 1880. Figuran en ella autores como Dümichen, Philippson, Herzberg, Hommel y otros.

ria, todos estos pueblos aparecerían en ella en segundo lugar, y no como representantes del mayor progreso obtenido en la esfera á que sus aptitudes y las circunstancias especiales que les rodearon, hubieron de llevarles.

Pero aun en los que militar y políticamente tienen una personalidad vigorosa, no es cierto que ésta haya absorbido á las demás fuerzas, las cuales, comúnmente, han logrado un desarrollo paralelo, sin cuyo conocimiento íntegro resultaría falta de verdad la característica que de ellos se diera. ¿Cómo es posible, en efecto, comprender á Grecia sin su arte, á Roma sin su derecho privado y su organización económica?

La unidad de la vida en el organismo social está hoy perfectamente demostrada, así como la reciproca influencia de todas sus partes y elementos: verdad ésta bien conocida de los historiadores, para quienes no es un misterio que la relación fundamental entre la civilización griega y las de Oriente se ha encontrado, no por el estudio de las instituciones políticas, sino por el de las obras de arte (1); que merced al examen comparado de los restos que nos quedan de la lengua íbera con la que actualmente hablan los bereberes, se rastrea ahora la procedencia líbica de los primitivos pobladores de nuestra península; que los recuerdos religiosos, las supersticiones, las fiestas y los cuentos populares revelan, con frecuencia, no sólo el parentesco de los pueblos, sino su constitución esencial en determinada época; que por esto importa conocer todas las manifestaciones de la vida para fijar la historia de los grupos socia-

(1) Lo cual equivale á reconocer que la arqueología caracteriza á un pueblo tanto como su política.

les; y en fin, que así como la totalidad de las facultades, funciones y actos externos de un individuo, considerados á la vez en su desarrollo peculiar y en la relación en que se dan unos para otros, caracterizan al sujeto á quien se refieren, así en el conjunto, y sólo cuando ha llegado á ser éste conocido en todas sus partes y en la respectiva dependencia y proporción de cada una, puede caracterizarse la vida de un pueblo, su misión en la historia y la influencia que en ella ha ejercido.

Este sentido orgánico, dentro del cual cada uno de los elementos de la vida adquiere su propio valor y ocupa el sitio que relativamente á los demás y al todo le corresponde, es precisamente el que falta inculcar en los autores modernos, haciendo de él principio fundamental de la metodología histórica (1). Todo lo que no sea ofrecer al lector (niño ó adulto) la impresión clara de la unidad de la vida social, está, en rigor, fuera del nuevo concepto de la his-

(1) Buckle expresaba ya este pensamiento, desde el punto de vista de la preparación para escribir la historia: «Tomados en conjunto, los historiadores no han reconocido jamás la necesidad de dedicarse á estudios preliminares bastante amplios, que les permitieran abarcar el asunto en todas sus relaciones naturales. Por esta razón vemos, no sin asombro, á un historiador ignorante de la economía política; á otro, que desconoce las leyes; un tercero, que no sabe una palabra de los asuntos eclesiásticos ó de los cambios de la opinión pública, y otros, que descuidan la filosofía de la estadística ó las ciencias físicas; no obstante que estas materias son las más importantes de todas, puesto que comprenden las circunstancias principales que afectan al temperamento y á la naturaleza de la especie humana, que en ellas se manifiestan juntamente. Habiéndose, por el contrario, hecho esos estudios aisladamente, unos por un hombre, otros por otro, han permanecido aislados en vez de reunirse; se ha perdido, por tanto, el auxilio que hubiera podido obtenerse mediante la analogía y la comparación, no habiéndose ensayado la concentración de estos trabajos en la historia, de la cual son, en realidad, partes constitutivas indispensables.» (Cap. I, pág. 4.)

toria; porque no basta añadir numéricamente capítulos á capítulos, destinando cada uno á la historia particular de un ramo de cultura (arquitectura, ciencias, ideas religiosas), si no se da á cada cual la significación é influencia que en general tiene, y más propiamente la que ejerciera en el pueblo ó época de que se trata: de donde ha de deducirse su papel en la historia, y su relación con los demás elementos de ella. Sólo de este modo resultará la unidad orgánica de la vida y de la civilización, y llegará á comprenderse cómo influyen unos en otros los diversos órdenes de la actividad humana, y cuán imprudente es despreciar cualquiera de ellos por creerlo sin importancia para el conocimiento de la verdadera historia. Mientras no lleguen á este grado de construcción, aprovechando todos los elementos y en cada uno lo característico (á lo cual sólo pocos autores han llegado), las llamadas «Historias de la civilización», lo mismo la general que la de un pueblo, serán únicamente reunión indigesta de estudios parciales, más propios para sobrecargar la atención y la memoria que para renovar en nuestros estudiantes lo que importa sobre todo en su educación: el sentido histórico.

El principio orgánico falla (ya lo hemos dicho) casi siempre en los historiadores modernos, ya porque se dejan llevar por cierta exageración, suprimiendo casi la historia política externa, ya porque no guardan la proporción debida entre las partes diferentes de la historia general. Ejemplo de ello puede darnos la *Historia de Alemania*, de Lamprecht (1), que apenas trata los sucesos políticos, y de la cual (sin suscribir á las apasionadas críticas de Below) bien puede de-

(1) *Deutsche Geschichte*, von Dr. Karl Lamprecht. El tomo I es de 1891.

cirse que resulta desproporcionada en el estudio de los diferentes órdenes de la civilización, descuidando á veces algunos muy importantes, y concediendo demasiado lugar á otros que luego olvida casi por completo.

Y bueno será repetir que la idea moderna del contenido de la historia no puede autorizar á que se suprima ó deje en mínima porción la historia política. Las discusiones á que hemos aludido antes—la que sostienen los profesores Schäffer y Gothein, v. gr.—pudieran resolverse con sólo plantear la cuestión de un modo sereno, con sentido de la realidad que no oscurezcan ni la pasión de lo nuevo ni el fanatismo de lo antiguo.

En una historia general que tenga la pretensión de ser completa (1), y aunque lleve el nombre de *Historia de la civilización*, no puede suprimirse la historia política (ni la *interna* ni la *externa*), como si el desarrollo de la personalidad jurídica, territorial y militar de los pueblos, no tuviese nada que ver con su civilización. Hay, por el contrario, que dar á esta parte de la historia un lugar propio y adecuado á su importancia, incluso en la relación real que ha guardado y guarda hoy día con los otros órdenes de actividad social; pero á condición de estudiarla conforme al proceso natural de su formación, es decir, empezando por su aspecto *interno* (elementos que concurren á crearla: ideas, clases sociales, etc.), para que se vea claramente la generación y el por qué del resultado *externo* (los hechos políticos, revoluciones, guerras, cambios de dinastía, etc.)

(1) Decimos esto, porque la censura no puede ir contra los libros que deliberadamente se escriben con intención de completar, ora los de historia puramente política, ora la enseñanza oral de historia externa. En este caso se hallan las *Lecturas históricas* de que se hablo.

que es lo dado hasta hoy, casi exclusivamente, por los autores. Esta manera de renovar el estudio de la historia política—en vez de suprimirlo—es necesaria, sobre todo en los libros dedicados á la cultura general y á la popular, que únicamente de tal modo serán educativos y útiles, incluso para el fin político que hoy (como siempre) persiguen muchos preceptistas y no pocos historiadores.

Semejante concepto, claro es que no rechaza—ni lleva intención de rechazar—ni las investigaciones eruditas de historia política externa, ni las monografías sobre esta parte de la vida social. Son éstas tan necesarias como las dedicadas á la historia del comercio, de las ciencias, de las letras, etc., siempre que no pretendan agotar en sí y representar exclusivamente el contenido de la historia. Pero en un tratado general, repetimos, la historia política debe colocarse en su lugar de orden, á la manera indicada, reduciendo los *hechos externos* (que se dice) á conclusiones y sentido, para inteligencia del proceso histórico, que es fundamentalmente—ó no sería humano—proceso de *ideas*, de *facultades*, de *sentimientos*, pero de sentimientos, facultades é ideas que se exteriorizan y expresan necesariamente en actos trascendentes, en *sucesos*.

No acaban aquí las indeterminaciones de la idea moderna. Queda aún por investigar si la palabra *civilización*, que generalmente se usa para expresar el concepto nuevo respecto del contenido de la historia, responde realmente á lo que se busca, ó expresa un sentido limitado. Y la primera dificultad que ocurre es la falta de seguridad en la acepción de la palabra.

La voz *Civilización* tiene, para la mayor parte de las gentes, un sentido limitado á la cultura, al desarrollo ma-

terial é intelectual (excluyendo el militar y político tal como se entendía antes) característico de las naciones europeas, que es el apreciado como tipo absoluto de progreso, al cual todos han de ajustarse, siguiendo la corriente natural y lógica de la evolución. Quedan con esto excluidos de la historia una porción de hechos que antes la caracterizaban, y desde luego, aquellas otras naciones cuyo tipo de cultura se diferencia esencialmente, ó no procede por derivación, del europeo: v., gr., China; pero mucho más aun, los pueblos que no han ejercido influencia alguna notable en aquél.

El criterio es, ciertamente, muy limitado, y expuesto á graves errores que importa prevenir. Siguiéndolo en esta última parte, ha podido decir Freeman que para el historiador no representa nada el estudio del idioma hablado por unos isleños de Oceanía que ninguna relación han tenido con la marcha general de la humanidad, y cuyo estado de cultura está cercano á la barbarie (1).

Conviene, pues, en primer lugar, rompiendo con la significación tradicional y restringida de la palabra, no excluir, en una historia completa, ni los tipos de civilización distintos cualitativamente del nuestro, ni los que, por muy bajos en la escala, pudieran creerse extraños á ella. Todos, en cuanto hechos humanos, son de la historia; y aparte de que es imposible señalar una línea que divida á los que (ac-

(1) *Methods of historical study*, páginas 63-64. Contra este sentido reacciona Hellwald en su *Historia de la civilización* (t. 1, pág. 73 de la tradición española). El limitar la historia que se decía *universal* á la de tres ó cuatro pueblos escogidos, es cosa corriente entre los autores de la Edad Media, en los de los siglos XVI y XVII y aun en algunos posteriores (Mably, v. gr.).

tualmente ó en el pasado) han ejercido influencia, de los que son indiferentes para la evolución, ni es probado que ésta sea una para toda la humanidad, y que precisamente los europeos hayan acertado con su dirección verdadera, ni es exacto que valgan menos para explicarla y seguir su ley los primeros momentos (por bajos y cercanos al mundo animal que parecieren), que los últimos y superiores.

La otra limitación que tiene la palabra indicada es más importante, y la hace hasta cierto punto impropia para representar en toda su amplitud el sentido orgánico de la historia. La *civilización* se refiere siempre al grado de progreso ó desarrollo *interno* en el orden material, intelectual y moral de los pueblos; y por tanto, corresponde á esferas de la vida muy distintas de la política, tal como la entendían los historiadores antiguos, dando así lugar á las exclusiones que más arriba hemos combatido. La política entra sólo en las modernas historias de la civilización como estudio de las instituciones, y así se expone en ellas el carácter de la monarquía, la intervención de la nobleza en el gobierno, las relaciones entre el señor feudal, como juez, con sus vasallos, etc.; pero dejando á un lado la narración de los hechos concretos en que se manifiesta al exterior la vida de estas mismas instituciones, y sobre todo, los hechos militares, dinásticos, etc. La historia de la civilización se concreta, pues, á ser «historia interna». Pero la historia completa, como ya hemos visto, no puede prescindir (aun siendo, ante todo, *de la civilización*) de esos hechos en que se revela externamente la energía de las instituciones y de los hombres, y la fuerza de expansión de los pueblos, constituyendo á la vez un medio de relación entre los grupos humanos y un elemento de difusión de la cultura.

Claro es, repetimos, que con esto no se pide la vuelta á las listas cronológicas de príncipes, cónsules ó emires, y de batallas. Siempre será verdad que conoce mejor la historia de Inglaterra aquel que sabe «cómo vivían y gobernaban sus reyes, que el que repite de memoria el cuadro genealógico de los descendientes de Guillermo I»; pero aparte de la necesidad que hay siempre de no hacer en abstracto la historia de las instituciones (1), para que sea más clara y más conforme á la realidad, interesa, como dato de esa misma historia, la narración de las sucesiones de reyes y dinastías, de las guerras interiores y exteriores, de las batallas más importantes, que á veces han decidido la suerte de una raza; es decir, de todo el movimiento exterior de la vida de un pueblo, como Estado, en su existencia íntima y en sus relaciones internacionales.

Ahora bien: ¿puede todo esto comprenderse bajo el nombre de *civilización*? Según el sentido dominante en los autores, no; no parece consentirlo la tradición de este nombre tal como se ha aplicado en historia. Cuando hoy se pretende escribir una historia general, que comprenda todos los órdenes de la vida, no se le da el título de Historia de la civilización (v. gr., Nitzsch, Lamprecht, Leixner), que

(1) Para dar á conocer la vida que llevaban los señores feudales, contar la de uno que realmente existió, en vez de trazar un cuadro abstracto en que las figuras no tienen nombre. Así, v. gr., para pintar las relaciones entre los nobles españoles del siglo XVIII y sus vasallos, copiar trozos de la relación del viaje á sus dominios de la Mancha, que hizo en 1774 el Marqués de Santa Cruz de Mudela. Un hecho real vale más que la mejor de las descripciones generales y abstractas. Tal es el sentido de las *Instrucciones* francesas que antes hemos citado, debidas á M. Lavissee, y el particular de los Sres. Maspero y Seignobos, quienes lo han tenido bien presente en la composición de sus libros.

comprometería á suprimir, cuando menos, la historia política externa (las *Kulturgeschichte* alemanas; Seignobos, Tapia, Gonzalo Morón, etc.).

Estas diferencias—que parecen tener la buena condición de fijar con cierto rigor y exclusivismo el concepto de *Civilización*—se complican nuevamente desde el momento que buen número de autores modernos empiezan á protestar de que se dé á ciertos hechos el calificativo de civilizadores, pretendiendo fundar un nuevo criterio en este orden de la fraseología histórica.

En el fondo, todas estas voces, que tienen diferente origen y filiación, concurren á dar un sentido espiritual, preferentemente ético, al concepto aquél. Mientras unos afirman que el progreso material no es siempre signo de civilización (lo cual parece cambiar la acepción amplia de esta palabra por la más estricta que tiene la de *cultura*), niegan otros el apelativo de *civilizados* á pueblos cuya vida, y aun cuyas mayores obras, se fundaron sobre una base de injusticia y dolor para gran muchedumbre de hombres. Así, Metchnikoff sostiene que no pueden considerarse como monumentos de civilización las pirámides de Egipto, que tanta sangre y tantas lágrimas costaron (1). Participa de esta idea uno de los economistas más notables y de mayor talento de nuestra época, Enrique George, el cual manifestamente tiende á no considerar como civilizados, ó á calificar al menos como decadentes, aquellos pueblos en que existe gran desigualdad social (v. gr., Egipto), siendo para él la civiliza-

(1) *La civilisation et les grands fleuves historiques*, París, 1889. Véase, en las páginas 4 á 15, las dudas y cuestiones á que da origen todavía el concepto de civilización.

ción equivalente de cooperación humana, derecho, justicia, libertad (1). Los pueblos degradados, inmorales, no son, en concepto de muchos escritores modernos, civilizados: idea que, juntamente con la anterior, da una base preferentemente moral á la civilización, oponiéndose al sentido *materiál* que vulgarmente se le aplica.

En general, ésta puede decirse que es la característica de las novísimas corrientes. Fúndanse éstas en los sentimientos de humanidad, de tolerancia, de piedad, de justicia, de corrección en la conducta y en la vida, agregando al sentido ético tradicional del cristianismo el de las escuelas jurídicas modernas y algunas exigencias contemporáneas de pulcritud y refinamiento, como son la limpieza, las buenas formas ó maneras sociales, etc.; en mucho de lo cual influye bastante la resurrección vigorosa de las reclamaciones socialistas. Conforme á ellas, la guerra, la explotación, la servidumbre, la inmoralidad, quitan la condición de civilizados á los pueblos, sin que basten á dársela los ferrocarriles, los telégrafos, las grandes industrias, etc. George dice expresamente que la guerra es un impedimento para la civilización, aunque sea un bien cuando toma la forma de conquista que eleva ó funde varias comarcas en una unidad superior (2).

Claro es que tales conceptos—aun en su más absoluta expresión—no excluyen el de la formación gradual del tipo civilizado; y que reconociendo, por tanto, *grados de civilización* en los distintos pueblos y aun en los diferentes gru-

(1) *Progreso y miseria*. Traducción española hecha en Barcelona, 1893. Véase especialmente, páginas 392, 415, 417, 18, 19, 42³, 33, 35 y 37.

(2) *Loc. cit.*, pág. 421.

pos sociales de uno solo, permiten una historia de la civilización, no en el sentido de comprender únicamente los pueblos que hayan realizado aquel ideal (en cuyo caso ninguno se halla), sino en el de historiar los esfuerzos hechos por cada uno para alcanzarlo, y el límite en que lo consiguieron. Pero aun esta idea tiende á excluir, como *no importantes para la historia de la civilización* (1), muchos hechos que hasta hoy fueron muy atendidos por los autores.

* * *

Resulta de todo lo expuesto, los dos hechos siguientes en que se concreta el estado actual de estas cuestiones:

1.º Que la idea de completar el contenido puramente político que la historia tenía antes con el estudio de los demás órdenes de la vida social, aunque muy extendida, aun se discute y se entiende diferentemente, según los autores, incluso los favorables á la corriente moderna.

2.º Que la palabra *Civilización*, aplicada ordinariamente para distinguir las historias que siguen el nuevo concepto, es todavía de sentido vago é incierto; pero que, en general, representa una limitación del concepto total de la vida, tendiendo á excluir la historia externa y hasta la política.

Veamos ahora, como complemento de este capítulo, otras notas características del concepto novísimo de la historia.

(1) Metchnikoff llega á decir que no importan á la historia más que los hechos humanos que han servido para la civilización.